

“Veréis, a mí me gusta establecer relaciones. Me siento muchas veces uno de aquellos físicos presocráticos que buscaban el Arjé; el principio o elemento primordial, del que todo parte.

Por lo tanto, si todo parte de lo mismo, podemos ser tan osados de poner en común todos los conceptos que conocemos. En este sentido, tengo el recuerdo de mi época de aspirante a psicólogo, del estudio de la Teoría General de Sistemas, del biólogo austriaco Ludwig von Bertalanffy, que viene a corroborar, de alguna forma, esto que digo.

Porque yo, hoy, hallándome donde me hallo, en un colegio jesuita, y habiendo venido, como decía aquel afamado e ilustre escritor, a hablar de mi libro, no podía por menos que intentar la, en apariencia, extraña conjunción entre mi libro, Trece, y ciertos aspectos del ideario ignaciano.

Y me explico; voy a exponeros brevemente algún aspecto de este extraño animal, que es como a mí me gusta llamar a este mi segundo libro.

Trece es un homenaje al oficio de poeta. Una mirada hacia la urdimbre del verso, en este caso dos de mis favoritos; el endecasílabo en TERCIOS, y el alejandrino en ESTIQUIOS. Una mirada, como decía, hacia la orfebrería de sus ritmos, una apuesta por los metros clásicos que se adentra en la innovación.

Homenaje a la labor esmerada del poeta. COMPETENCIA que es lo contrario de azar caprichoso. COMPROMISO, que expresa el amor a la tarea.

Trece es, al mismo tiempo, una COROLA que ampara las partes más desprotegidas del ser, la sombra vulnerable. La COMPASIÓN ha de darse hasta para con nosotros mismos.

Trece es también un RUMIANTE que mastica cada imagen y cada idea, para transformarla en algo asimilable, comprensible, y nos hace ser CONSCIENTES de todo lo que nos rodea, de nuestro mundo extramental, pero también de todo lo que nos inquieta, y por qué no también decirlo, de todo lo que nos hace felices.

Y esto último me sirve para enlazarlo con un concepto fundamental en la Pedagogía ignaciana, el de REFLEXIÓN.

La Reflexión constituye para Ignacio de Loyola el punto central del paso de la experiencia a la acción.

Y Trece está dotado con un ESPÉCULO, que nos sirve para mirarnos por dentro y conocer los procesos que hacen de nosotros ser lo que somos.

Volver atrás y verse en el reflejo; reconocer para seguir adelante.

Ya voy terminando.

Mirad,

si juntamos todos estos conceptos aquí expuestos, y por decantación los volvemos a separar, permitiendo que ocupen su lugar natural, veréis que tenemos, por un lado:

los cuatro pilares de la Educación ignaciana; formar personas COMPETENTES, COMPROMETIDAS, COMPASIVAS y CONSCIENTES.

Y por el otro lado tenemos; TERCIOS, RUMIANTE, ESPÉCULO, COROLA y

ESTIQUIOS.

Los nombres de los capítulos centrales, palabras cuyas iniciales llevan a la palabra TRECE;
el acróstico que da título a mi libro.”

Luis Miguel Sanmartín